

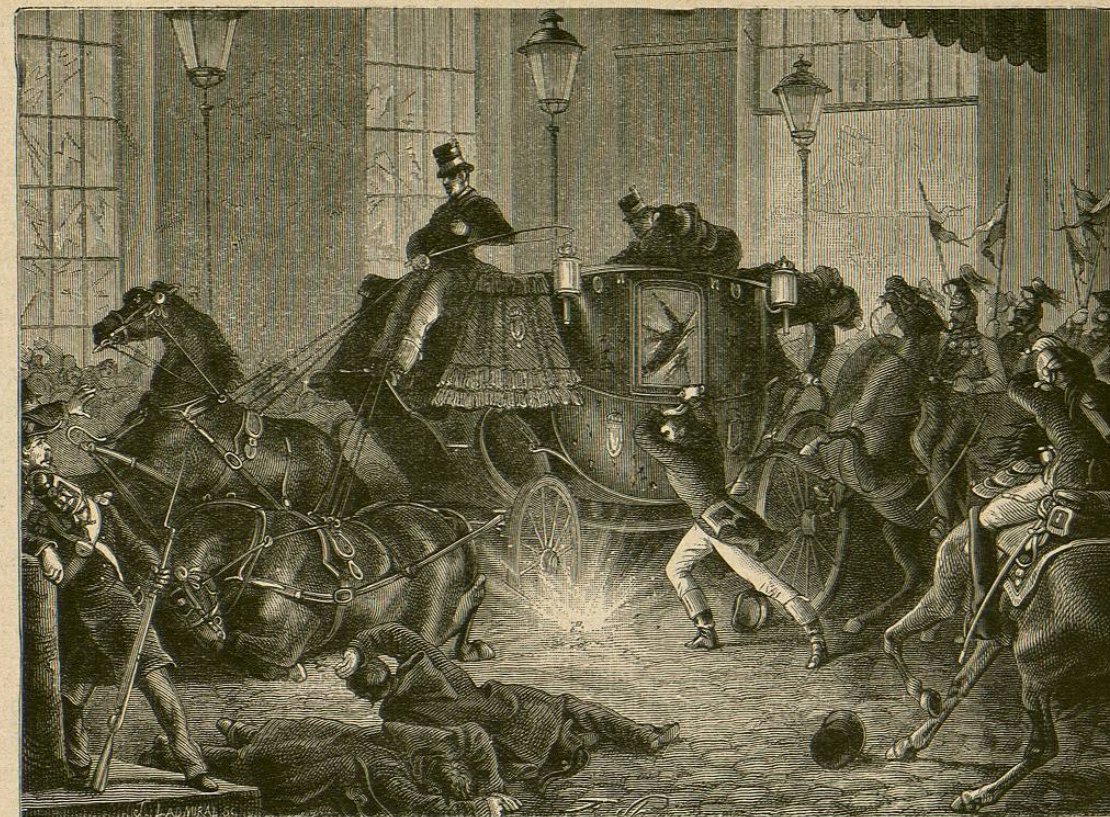
BIBLIOTECA

DC38
H4
V. II

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



FONDO BIBLIOTECARIO DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN



El atentado del 14 de enero de 1858

EL SEGUNDO IMPERIO (1852-1870)

POR M. PEDRO DE LA GORCE

TRADUCCIÓN DE D. JUAN BAUTISTA ENSEÑAT, C. DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA



PREFACIO

El reinado de Napoleón III sólo ha sido juzgado hasta ahora por el favor ó por el odio. Dos veces ha pasado por la prueba de la mentira: mentira de la adulación en los días de poder, mentira de la calumnia en los días de infortunio. A este reinado brillante y nefasto á la vez, superficial y trágico, quisiera aplicarle las acostumbradas reglas de la crítica que establece los hechos conforme á los testimonios, poniendo así en su verdadero lugar á los hombres y los acontecimientos. Espero que esta equidad me será fácil, siendo ajeno, por origen ó recuerdo, á cortesanos y adversarios: *Mihi a spe, metu, partibus reipublice animus liber est.*

Esta época parecerá muy reciente para la historia. Lo que parece objeción ha sido estímulo para mí. Hay la historia inmediata que sabemos porque vivimos en medio de ella y por ella, y hay la historia antigua que aprendemos. Entre las dos hay la historia casi contemporánea que se recoge á retazos, por fragmentos ó leyendas, y que desdeñamos estudiar, preciándonos de conocerla. Esta es, en realidad, la que más se ignora, y no siempre es la que importa menos profundizar.

No se me oculta la principal dificultad de la obra que

emprendo, á saber, la ausencia de documentos completos que difundan la luz por todas partes. He procurado llenar esta laguna añadiendo al estudio de las fuentes francesas una investigación minuciosa de las fuentes extranjeras. Importantes comunicaciones particulares me han permitido además esclarecer algunos puntos que permanecían oscuros. Si la hora presente no es aún la de la historia definitiva, se presta al menos á una relación concienzuda, acabada en gran número de sus detalles y fiel en sus líneas generales.

Esa luz completa ¿la tendremos jamás en lo que concierne al segundo Imperio? Es de temer que el porvenir nos reserve más decepciones que afortunados descubrimientos. Napoleón III fué á menudo su propio ministro, se ocultó casi tanto de sus amigos como de sus enemigos, de suerte que en muchas circunstancias la correspondencia de sus agentes oficiales no daría más que el envés de sus designios. Por otra parte, como las obras eran dudosas ó habían fracasado lamentablemente, se procuró á veces, por falta de medios de justificación ó por temor de responsabilidad, lejos de conservar vestigios de ellas, hacerlos desaparecer. Ade-

más, es en la vejez cuando los hombres públicos, descargados del cuidado de los negocios, reúnen sus papeles, coordinan sus recuerdos y, atentos á su país y á su fama, preparan los elementos de la historia general y de su propia vida; y entre los servidores de Napoleón III, pocos hay que hayan conocido esos supremos ocios; muchos murieron jóvenes y antes de su príncipe; los demás le sobrevivieron poco tiempo; todos ó casi todos han desaparecido ya. Aquellos á quienes no les faltó tiempo eran más bien hombres de acción y de golpes de mano que hombres de pluma; arrojados del poder con una violencia igual á la que los había encumbrado, se consumieron en conservar la irritante imagen de lo que les deslumbró en sus días prósperos; su desgracia había sido demasiado brusca y amarga para inspirarles otra cosa que una especie de defensa agresiva, muy apasionada para no ser sospechosa; raramente se les vió, á ejemplo de los antiguos parlamentarios, elevarse á ese estado de apaciguamiento que les hubiese permitido reconstituir á sangre fría, con mesura, con utilidad para su amo y para ellos mismos, las vicisitudes de su destino.

A falta de esos documentos verdaderamente políticos, tenemos numerosas relaciones que, á menudo bajo el velo del anónimo ó del seudónimo, pretenden ofrecernos la *historia íntima del segundo Imperio*. Nuestros contemporáneos han saboreado esos relatos, unos por el deseo de reanimar sus propios recuerdos, y otros por esa curiosidad malévolamente que es el primer movimiento de los necios. Tomaré poco de esas publicaciones en que el ataque carece de pudor y en que la apología misma carece á veces de gravedad. ¿Y hay, por ventura, urgente necesidad de hacer hincapié en demasía sobre las costumbres de la sociedad imperial, y, sobre todo, estamos nosotros autorizados para estigmatizarlas? Corrompida, lo estuvo sin duda, y yo así lo creo; pero cuando hayamos proclamado en términos vehementes esta corrupción, me pregunto qué expresión podrá pintar los tiempos que siguieron. La crónica toca por ciertos puntos á la historia, pero no debe reemplazarla; y nunca se podrá recordar con más oportunidad la frase de Voltaire: *No todo lo que se ha hecho merece ser dicho*.

Un personaje domina toda esta historia: el hombre misterioso que, durante diez y ocho años, encarnó en sí toda la vida nacional. Su suerte fué inaudita. Cuando, al principio de su carrera, desbarataba con igual destreza los complots demagógicos y las intrigas parlamentarias, estaba de moda burlarse de su incapacidad. Más tarde, establecido su trono por la violencia y consagrado por el sufragio popular, tanta dicha deslumbró no solamente á las almas vulgares que se encadenan al éxito, sino también á los espíritus elevados que se atreven á discutir los fallos de la fortuna. Llegaron en fin los reveses, tan terribles que toda reprobación se pierde en una inmensa piedad. Sucedió, pues, que los juicios de la opinión no colocaron nunca al príncipe á su verdadero nivel. En medio de tantas vicisitudes, se puede seguir, sin embargo, la trama de esa extraña existencia. En las aventuras de su juventud, Napoleón se hizo conspirador; en los largos ocios de su cautiverio, se enervó en la ilusión. Esta doble tendencia le penetró de tal modo que absorbió todo lo demás. So-

ñador y conspirador, lo fué siempre, hasta en el trono; soñador extraordinario con un poder absoluto para realizar sus ensueños; conspirador más extraordinario todavía, pues con todos los recursos del poder oficial en la mano, prefirió los amaños ocultos á las negociaciones abiertas, los agentes secretos á la diplomacia acreditada, los conciliábulos á los consejos, el misterio á la publicidad, y eso como verdadero aficionado que, después de haber practicado las tinieblas por necesidad, se complace en ellas por hábito ó por gusto y se divierte borrando sus trazas al extremo de extraviarse él mismo. Todo en él fué contraste. Se le vió dirigir complicadas intrigas como si hubiese estudiado á Maquiavelo, y acariciar utopías humanitarias como si hubiese querido copiar á don Quijote. ¡Cosa singular! En unas mismas empresas, llevó el cálculo hasta la duplicidad y el desinterés hasta el engaño. Sus ilusiones, á la vez ambiciosas y débiles, no fueron de un espíritu mediocre ni de un espíritu sano; lo que más horror le causó fué la rutina; antes que andar por el camino trillado, hubiera preferido rodear el abismo; y lo rodeó, en efecto, tanto que acabó por caer, precipitando en él á su país. Cometió muchas faltas, pero de un modo triunfante y con aires de profundidad que deslumbraron á sus amigos y desconcertaron durante algún tiempo á sus enemigos. Hasta cuando sus actos fueron contradictorios ó miserables, su lenguaje fué siempre de un estilo elevado que superaba al común de los hombres. Siguiendo la tradición napoleónica, fingió el desdén de la teoría, de la *ideología*, y, sin embargo, se mostró más teórico que nadie; la más famosa de sus teorías fué la de las nacionalidades, y por ese camino llevó el espíritu quimérico hasta la obcecación más criminal. Después de haber proclamado muchas veces su desdén por los oradores, entregóse á ellos al final de su reinado, hasta someterse á su yugo. Tuvo nobles arranques, aspiraciones generosas, pero con una perpetua confusión de lo que produce efecto y de lo que es verdaderamente grande. No pudiendo ser cumplido hombre de Estado, fué al menos el más perfecto de los tramoyistas; con un arte consumado, dispuso su teatro para divertir, sorprender, deslumbrar á su pueblo y á Europa. Esto duró hasta que, descubierto el artificio, fué rasgado el telón, apagadas las candilejas y quebrantados los actores. En una palabra: con cualidades nada comunes, el príncipe tuvo todo lo que hace funestos á los soberanos, á saber, las altas miras, sin el buen sentido que sabe reducir las á sus proporciones prácticas, y sin la previsora prudencia, que es la única que puede realizarlas.

Y, sin embargo, por riguroso que sea este juicio, despréndese de esa vida una impresión más melancólica que irritada. Severo con el monarca, el porvenir no dejará de recordar lo que atenía sus faltas. Hubo un grupo bullicioso que aclamó sus obras más sospechosas y le afianzó en sus errores más fatales. Hallándose apartados los mejores servidores del país, él halló pocas lumbreras en sus relaciones inmediatas y permaneció aislado en medio de cortesanos más afanosos de perjudicarse mutuamente que de sostener al amo común. Los que, en el exterior, le fueron más nefastos se le presentaron bajo la traidora apariencia de aliados, de asociados casi; esos enemigos, disfrazados de compli-

ces, se llamaban Cavour ó Bismarck, y eran los tunos más redomados de su época y quizá de todas las épocas. En virtud de una compensación desgraciadamente estéril para el país, pero que es justo recordar, el hombre redimió con sus cualidades personales algunos de los extravíos del soberano. En presencia de las calamidades públicas y en medio de las conspiraciones, desplegó un valor simple y tranquilo que hasta desarmó á sus adversarios. Fué generoso hasta la profusión. Cualquiera que fuesen los rigores de la política, inclinóse él siempre hacia la clemencia. Su constante bondad le valió algunos afectos duraderos que le honraron y se honraron á sí mismos por una fidelidad más fuerte que la desgracia. Tuvo el laudable deseo de la paz civil y la ambición de restablecer la libertad que antes abatiera. Sobre todo amó al pueblo, no especialmente el suyo, pues era más humanitario que patriota, sino á todos los pueblos, es decir, á los pobres, á los débiles, á los desheredados. A la noticia de su muerte, uno de sus ad-

versarios decía: «Le combatí, pero no he podido resignarme á odiarlo.» Creo que esta frase pinta bien el pensamiento común; y por una singular indulgencia, mezcla de compasión y de gratitud por una antigua prosperidad, la nación, que tanto sufrió á causa de los errores de su soberano, se contenta con no echarlo de menos.

Tal aparece á mis ojos, con sus rasgos múltiples y complejos, el príncipe cuyo reinado quisiera trazar. Y ya he dicho lo bastante para explicar mis propósitos. En cuanto á las lecciones que se desprenden de la larga historia del segundo Imperio, son demasiado numerosas para poderlas estudiar aquí; se desenvolverán á medida de los acontecimientos. Terminó pidiendo humildemente á Dios se digne hacer que estas lecciones, estas graves y lamentables lecciones, resalten en el curso de la narración con bastante claridad para que la narración misma no resulte inútil. Es el más alto favor que me atrevo á solicitar de su bondad.